

Luis Alfonso Grave Tirado*

Del altiplano a la costa. Investigación arqueológica de salvamento en la nueva carretera Durango-Mazatlán

Artículo que presenta los resultados obtenidos del reconocimiento de superficie de los 230 km que abarcará la nueva carretera Durango-Mazatlán, la cual atravesará perpendicularmente la Sierra Madre Occidental. La carretera recorre tres zonas geográficas delimitadas: el valle de Guadiana en el altiplano duranguense; la propia sierra entre Durango y Sinaloa, y la llanura costera sinaloense. Aunque se registraron sitios arqueológicos en las tres zonas, destacan por su antigüedad algunos del valle de Guadiana y, por su incidencia, los registrados en la parte alta de la sierra, donde sobresale el área de Llano Grande, un yacimiento de obsidiana cuya explotación fue controlada al final de la ocupación prehispánica por el sitio Hacienda Llano Grande. Para interpretar con mayor claridad los elementos prehispánicos se recurrió a la analogía etnográfica, pues lugares cercanos al área de estudio están ocupados por los tepehuanes del sur y los mexicaneros, entre quienes el ritual principal es el mitote de petición de lluvias, y al parecer así ocurría también entre los antiguos habitantes de la sierra entre Durango y Mazatlán, entre el altiplano y la costa.

This article presents the results obtained during the recognition of an area of 230 km along the future Durango-Mazatlan highway, which will cut across the Sierra Madre Occidental. The road actually crosses three geographical areas: the valley of the Guadiana highlands of Durango, the sierra between Durango and Sinaloa, and the Sinaloa coastal plain. Although archaeological sites were recorded in all three zones, some of those found at the Guadiana Valley stand out for their antiquity; as for their influence, the main ones were those at the top of the mountain, specially the Llano Grande area, a source of obsidian whose operation was controlled at the end of the precolumbian period by the site Hacienda Llano Grande. In order to interpret more clearly the precolumbian elements, ethnographic analogy was used, given the fact that the nearby area is inhabited by Tepehuanes del Sur and Mexicaneros, among whom the main ritual is the *mitote* to ask for rain, as seems to have been the case with the ancient inhabitants of the mountains between Durango and Mazatlan, between the highlands and the coast.

El Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán tuvo un largo y accidentado desarrollo, no sólo por la longitud del tramo carretero y lo escabroso del terreno en que se construye, sino porque el trabajo de campo se realizó en intervalos breves de tiempo y sobre espacios reducidos. En efecto, para llevar a buen término el reconocimiento de superficie de los 230 km del eje de trazo de la nueva carretera Durango-Mazatlán debieron pasar cerca de siete años, desde la visita de inspección efectuada en noviembre de 2000

* Museo Arqueológico de Mazatlán/Centro INAH Sinaloa. alfonsograve@gmail.com
Agradezco a Ángel Giovanni Osuna Ante, encargado de Comunicación Educativa del Museo Arqueológico de Mazatlán, su ayuda en el procesamiento de las imágenes.

hasta la revisión del último tramo —kilómetros 106 a 154, en lo más intrincado de la sierra de Durango— en septiembre y octubre de 2007. Aunque fueron siete años de actividades alternadas —un año sí, el otro no— en que estuvimos en el área de afectación de la carretera, la verdad es que la estancia en campo efectiva no sobrepasó un lapso de seis meses (Grave, 2009).

Esto motivó que el reconocimiento de superficie se limitará únicamente al eje de trazo y derecho de vía; esto es, el área de afectación directa de la carretera, y aunque el planteamiento del proyecto contemplaba la exploración de las áreas potenciales como valles y cuencas de ríos (Grave, 2000b), esto sólo se llevó cabo en el valle de Llano Grande, uno de los valles intermontanos más grandes de la sierra entre Durango y Mazatlán, y en el que pudimos escaparnos a la estrechez de acción marcado por la carretera.

El área de estudio

La nueva carretera Durango-Mazatlán inicia en los alrededores de la ciudad de Durango, en pleno valle de Guadiana, el cual atraviesa en su parte noroeste durante casi 30 km; después, a lo largo de 175 km abrirá una brecha en la sierra, lo cual torna indispensables múltiples puentes y túneles para sortear los profundos barrancos y altísimas cimas que dan forma al paisaje serrano; finalmente, en los últimos 25 km comienza la bajada hacia el mar, primero por las resacas estribaciones de la sierra, para luego culminar en la llanura costera en el poblado de Villa Unión, municipio de Mazatlán, Sinaloa (fig. 1). Aun cuando la construcción de la carretera todavía no termina, faltan casi 50 km en la parte más abrupta de la sierra, sus extremos ya están en funciones. En suma, son tres zonas geográficas las recorridas en nuestro periplo: el valle de Guadiana, en el margen oeste del altiplano duranguense; la Sierra Madre Occidental entre Durango y Sinaloa, y la estrecha llanura costera del sur de Sinaloa.

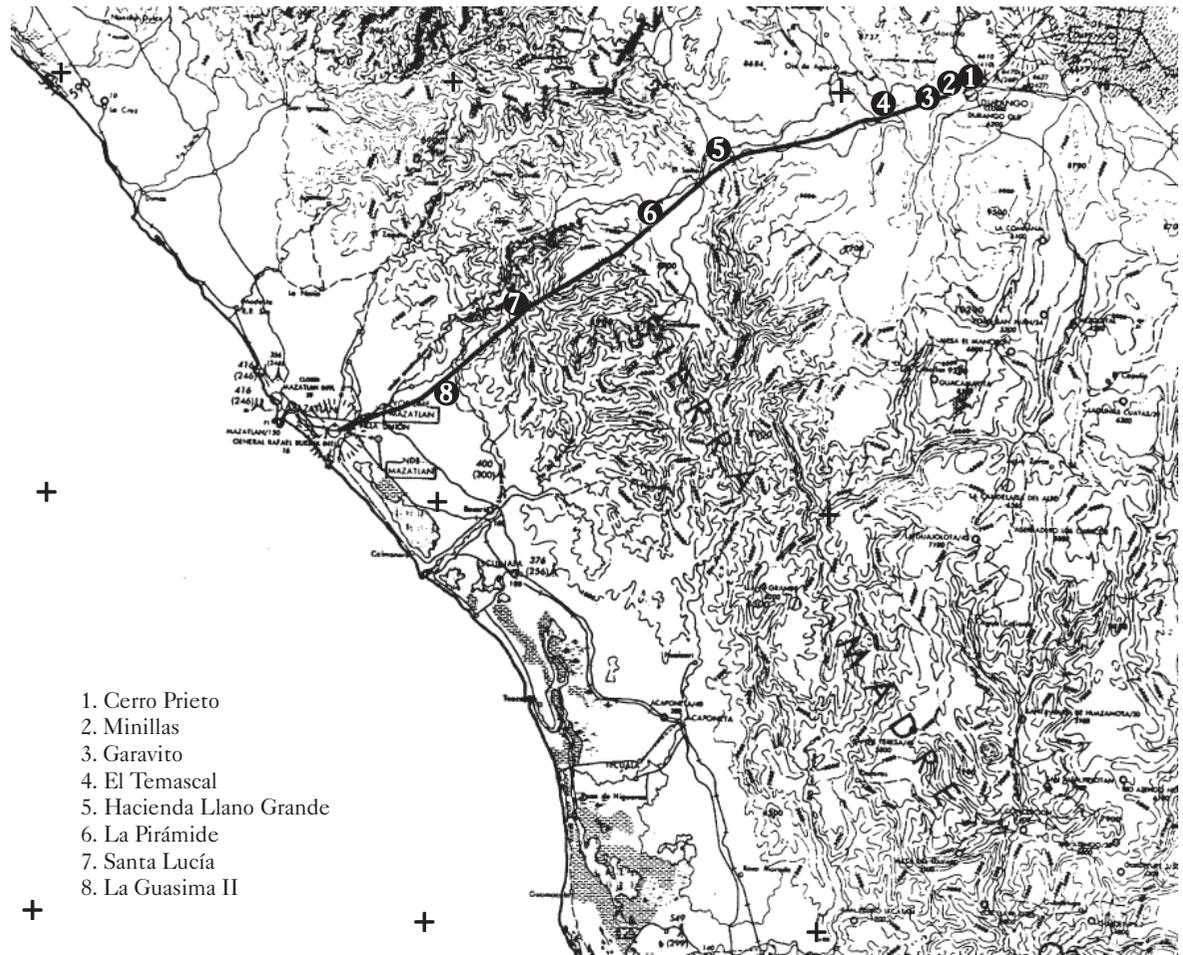
El valle de Guadiana contiene “extensos terrenos de aluvión”, cuya formación se remonta apenas al Cuaternario, al igual que sus grandes

campos de lavas basálticas (Rouaix, 1929: 17); sin embargo, el resto de rocas principales, como andesita, riolita, caliza y granito, todas ellas aprovechadas por sus antiguos habitantes, tienen su origen en procesos ocurridos en el Terciario. Su clima es templado, con lluvias en verano y parte del otoño, por lo que resulta, según Pastor Rouaix (*ibidem*: 27): “verdaderamente agradable, con las estaciones bien marcadas por sus caracteres de temperaturas y lluvias, pero sin llegar a ser extremo”. El aluvión ha permitido, o más bien provocado, un rico suelo en nutrientes, de tal forma que:

La zona de los valles presenta el piso de sus llanuras cubiertos por una inmensa alfombra de gramíneas, con múltiple variedad de especies que producen magníficos pastizales. La vegetación arbórea es escasa, habiendo encinos y pinos de piñón en las lomas bajas, al pie de las sierras y bosques de mezquites y huizaches en las llanuras sujetas a desbordamientos de los ríos. En las breñas y malpais, el nopal duraznillo forma masas compactas de verduras y en las márgenes de los ríos se desarrollan vigorosamente los grandes sabinos, álamos, sauces y alisos” (*idem*).

Por su parte, la sierra se puede dividir en dos zonas de acuerdo con las características del relieve: la parte alta y la bajada hacia el mar. La primera tiene una cierta regularidad en el relieve, pues durante su formación en el Cretácico medio una serie de derrames de lava permitieron acumular material piroclástico (Gutiérrez, 1986). Esto mismo determinó la presencia de rocas de origen ígneo como granito, basalto y riolita, aunque hay también caliza. Además, debido a que desde su formación la sierra ha perdido más de un kilómetro de altura, han quedado al descubierto algunos yacimientos de obsidiana (Hers, 1996: n. 71), y entre ellos destaca el del valle de Llano Grande (fig. 2). El clima en la parte alta de la sierra es frío y húmedo, con lluvias todo el año, lo cual ha propiciado la formación de caudalosos ríos que bajan hacia el océano Pacífico, a través de la región de las quebradas.

En efecto, el flanco occidental de la sierra tiene la apariencia de estar rota, pues se encuentra surcada por profundos barrancos y cañones, al-



● Fig. 1 Mapa de ubicación del eje de trazo de la carretera con algunos sitios mencionados en el texto.



● Fig. 2 Foto de Llano Grande.

gunos de los cuales alcanzan hasta 1 000 m de profundidad respecto a las cimas de los picos montañosos que lo flanquean (fig. 3), entre ellos el famoso desfiladero conocido como “El espinazo del Diablo” y “la profundísima Quebrada de las Ventanas, que trae las aguas de la parte central de la sierra, por donde cruza el camino a Mazatlán, siendo su tributario principal el arroyo del Salto” (Rouaix, 1929: 13). Tales aguas forman el río Presidio, que desparrama sus aguas en el estero poco después de regar Villa Unión, uno de los límites de la presente investigación.



● Fig. 3 Foto de la región de las quebradas.

Las rocas dominantes en la región de las quebradas son el granito y la caliza, por lo que el suelo tiene una fuerte presencia de cal, además de ser francamente delgado. Aun así, en él se desarrollan árboles de gran tamaño, sobre todo de los géneros *Pinus* (pino blanco, pino chino, pino prieto, ocote dormido, etcétera) y *Abies* (huayamé y pinabete). Hacia los flancos están mezclados con *Quercus*, como el encino negro, encino roble, encino rocillo y miscalme, los cuales se convierten en la vegetación dominante a partir de 1 000 m de altura, cuando ya la sierra comienza a bajar en picada.

Por no dejarse pueden mencionar algunos animales que confieren identidad a la región serrana, varios de ellos en peligro de extinción debido sobre todo a la incesante deforestación de los otrora frondosos bosques. No obstante, todavía es posible encontrar pumas, ocelotes, venados, jabalíes, nutrias, mapaches, cacomixtles, coyotes, tepescuintles, ardillas, conejos, armadillos y tlacuaches, entre otros. En el aire vuelan las águilas, halcones, gavilanes y zanates; mientras en tierra se oye el aleteo apresurado de la güilota y la codorniz, así como el grito del guajolote, espantados quizá por el repiqueteo de la serpiente de cascabel o el imprevisto correteo de las iguanas. Sobre las aguas de los innumerables arroyos bucean el pato pinto y el pichichín, y bajo las piedras medran los alacranes.

Las partes bajas de la sierra se caracterizan por los lomeríos bajos y algunos picos aislados. Más abajo están las llamadas “sierras sepultadas”, distinguidas por una serie de lomeríos bajos que se han ido formando por la acumulación de los detritos que bajan de las partes altas. El paisaje está salpicado también de gran cantidad de afloramientos rocosos y cerros que despuntan desde la zona llana que aquí es muy estrecha. Las rocas más abundantes son esquisto, cuarcita, pizarra, pedernal y arenisca; además de algunas otras de origen ígneo como granodiorita, granito y gabro (Reynoso, 1959).

El clima en las partes bajas de la sierra y la llanura costera es caliente subhúmedo, con lluvias en verano y parte del otoño. La vegetación es transicional entre tropical y esteparia, por lo que hay diversas especies, muchas de ellas susceptibles de haber sido aprovechadas por el hombre en tiempos prehispánicos. Entre ellas podemos mencionar el nogal, aliso, capomo, palo negro, hule, ceiba, colorín, palo brasil, palo fierro, huizache, mezquite, copalillo, el tecamate, el guamúchil y la guásima; además del ciruelo, el guayabo, nanche y los cactus pitahayeros que dieron nombre al estado, ya que Sinaloa es un vocablo de origen cahíta que se puede traducir como “el lugar del las pitahayas” (Buelna, 1887).

Antecedentes

Aunque los extremos del área que atraviesa la nueva carretera Durango Mazatlán son quizá los más estudiados en ambos estados —esto es, el valle de Guadiana, en Durango (Kelley, 1985; 1990; Punzo y Zavala, 2007; Punzo *et al.*, 2008) y la llanura costera del sur de Sinaloa (Sauer y Brand, 1998; Kelly, 2008; Grave, 2000a, 2003a, 2003b, 2006a, 2006b, 2007, 2008b)—, me interesa destacar aquí los datos provenientes de la zona por donde cruza la nueva vía de comu-

nicación; sin embargo, los trabajos arqueológicos realizados con anterioridad son escasos y en su mayoría ocurrieron hace ya varios años; de ahí la importancia de esta nueva oportunidad, limitada es cierto, pero que nos permite acercarnos a una de las zonas hasta ahora menos investigadas del México prehispánico.

Una de las pocas investigaciones fue la llevada a cabo por John Charles Kelley y su equipo en el ya lejano 1952, en el sitio arqueológico Weicker, ubicado en el rancho Santa Bárbara, 50 km al oeste de la capital del estado, a orillas de la carretera Durango-Mazatlán, y cuya entrada, por cierto, en la actualidad está permanentemente vigilada.

Entre los resultados obtenidos en el sitio destaca el hallazgo de una punta de proyectil, y según relata José Luis Lorenzo (1991: 11) ocurrió “durante la tarde del día 1º de julio” del año en cuestión; “tipológicamente y por sus dimensiones esta punta puede clasificarse dentro del grupo Folsom, pero su morfología general permite su inclusión dentro del Clovis-Ohio” (*ibidem*: 13), concluyendo que “sin duda, este es el tipo de punta de proyectil más antiguo encontrado en México” (*ibidem*: 15), y se le podría ubicar cronológicamente hacia 12 000 años antes del presente, dentro del periodo Paleolítico. Esto implicaría, al parecer, que la zona estuvo habitada desde los inicios de la ocupación de esta parte de América.

Durante los trabajos de investigación del equipo de Charles Kelley en Santa Bárbara se identificaron elementos mucho más recientes que la punta acanalada descrita por J. L. Lorenzo. Se excavaron al menos dos estructuras habitacionales, cuyos resultados preliminares fueron dados a conocer por Kelley y Shakelford en 1954, revisados posteriormente por Michael Foster en 1996. Más tarde, este mismo autor vuelve a describir los hallazgos realizados en el sitio Weicker:

Dos conjuntos están definidos por sus cimientos. Cada uno contiene pequeñas estructuras de uno o dos cuartos. Las de dos cuartos consisten en un cuarto con piso de tierra compactada y el otro con un empedrado. Los conjuntos miden de entre 5 por 10 m a 6 por 12 m.

Los cuartos individuales tienen apenas 2 m². Hay también pequeños fogones forrados de arcilla entre algunos de los cuartos de los conjuntos (Foster, 2000:211; traducción de LAGT).

Los materiales cerámicos recuperados fueron en su mayoría monocromos y sólo se identificaron algunos tiestos decorados, que Foster identifica como del tipo “Canatlán Red-band” de los grupos chalchihuites, que habitaron tanto los valles de Zacatecas y Durango como el flanco oriental de la propia Sierra Madre Occidental en ambos estados. También se encontraron dos malacates de la fase Calera Chalchihuiteña (1100-1400 d.C.), y además se reportaron metates, manos de metate, raederas, raspadores, un afilador y varias puntas de proyectil (*ibidem*).

El sitio Weicker ha representado uno de los bastiones para postular la controvertida “cultura Loma San Gabriel”, junto con el sitio del mismo nombre; por ejemplo, Foster señala que “el sitio puede ser típico entre los sitios Loma tardíos en las partes altas de la sierra” (*ibidem*). Años atrás, el mismo arqueólogo se refería a la situación imperante en la parte oriental de la sierra en los siguientes términos:

En las faldas del este de la Sierra Madre Occidental, se han identificado culturas y complejos locales que se extienden desde la porción central y oeste de Zacatecas; atraviesan el centro de Durango y se internan al sur de Chihuahua. La más extensa de esas culturas es la que se conoce como cultura Loma San Gabriel. Los sitios Loma San Gabriel se localizan generalmente en las faldas y en las pequeñas elevaciones del área de tierras altas (Foster, 1989: 425; traducción de LAGT).

La cultura Loma San Gabriel se ha caracterizado como una cultura submesoamericana por lo “simple” de sus materiales; mas parece iniciar sus andares quizá desde el año 300 a.C. y subsiste todavía entre los actuales tepehuanes (Foster, 1985, 1989, 2000; Kelley, 1990). Por su parte, Charles Kelley (2002: 87) comenta respecto de la cultura Loma San Gabriel:

Clearly, the Loma San Gabriel cultura was in existence in Durango at least as early as the Alta Vista phase, probably between A.D. 300 and 650, and probably

before. The characteristic sites of the culture occur on isolated foothills to the east of the Sierra propes, or on the flanks of upland valleys within the mountains. They represent small hamlets, rarely reaching true village size, of small circular or rectangular stone outlined or paved houses, or platform bases for houses, grouped in rectangular compounds with intervening work floors and hearths, or scattered along high mesa tops or “hog backs”. Locations are clearly defensive, commanding areas of farm land below, and the characteristically associated rock terraces along the hillsides below the sites may have been either defensive, agricultural, or occupational—or any combination of these.

Los materiales los describe de la manera siguiente:

Loma San Gabriel pottery consists of simple bowls, jars, and large ollas, in plain brown or grey. Rare red-on-brown bowls and jars occur, often with decoration in fugitive pigment, with simple broadline designs. Some textured utility wares occur, but elaborate forms, such a legged vessels, and painted wares are missing, except locally where they have been derived by trade from other cultures. The lithic complex is equally simple, consisting primarily of basin-shaped grinding stones with associated one-hand manos, polishing stones, equal-armed stone crosses, a few chipped knives, scrapers, and projectile points.

Marie-Areti Hers y sus colaboradores no están de acuerdo con esta posición; para ellos son todavía desconocidas las características de los grupos anteriores a la presencia de la cultura Chalchihuites en Durango, si es que los hubo. Ella considera que “la secuencia chalchihuiteña en Durango se inicia en el siglo sexto” (Hers, 1996: s.p.) y, por otra parte, no acepta la existencia de la llamada cultura Loma San Gabriel, y afirma que los sitios aducidos como pertenecientes a ella en realidad son parte integral del desarrollo de la cultura Chalchihuites (Hers, *idem*; Berrojalbiz, 2001). No obstante, consideran que las culturas anteriores, sin definir todavía, a la ocupación mesoamericana tuvieron la suficiente fuerza para resistir el empuje de la cultura Chalchihuites de Zacatecas (Hers, 1996; Berrojalbiz, *op. cit.*).

Ahora bien, uno de los puntos que aducen para no aceptar la existencia de la cultura Loma

San Gabriel es la poca clarificación de la cronología, que entre otras cosas se ha establecido básicamente a través de la aparición de materiales de la cultura Chalchihuites, además de que los sitios que se han aducido como “representativos” de esta cultura son completamente diferentes entre sí (Hers, 1996). Señala Hers en un texto reciente:

[...] consideramos que no se puede sostener la idea de una cultura Loma San Gabriel ni como previa a la chalchihuiteña. Constatamos, al contrario, a partir del examen directo de los sitios específicamente atribuidos a dicha cultura, que se trata de asentamientos pertenecientes plenamente a la cultura chalchihuiteña. Las diferencias que logramos bosquejar en el tiempo y en el espacio adentro de tan amplia y variada área de Durango no nos llevan a considerarlas como distintas “culturas” sino como inevitables variaciones nacidas de los más variados factores naturales y sociales (Hers, 2005: 28).

En lo que respecta a la cronología específica del sitio Weicker, para M. Hers (1996) se basa únicamente en las características formales de algunos materiales, en particular los dos malacates: uno claramente asociado a la fase Calera (1150-1350 d.C.) del altiplano duranguense, y el otro parecido a los de Guasave, Sinaloa (situados cronológicamente entre 900 y 1300 d.C.), además de seis pequeños tiestos del tipo *Cantlán Red Band* también pertenecientes a la fase Calera (*ibidem*). Para la citada autora, el sitio Weicker es un caso aislado y no se parece al resto de los sitios de la sierra, por lo que podría atribuirse a los tepehuanes que llegaron tardíamente a la zona, al final de la ocupación prehispánica.

Además de la excavación del rancho Weicker, entre otros trabajos realizados en la parte alta de la sierra destaca el reseñado por Michael W. Spence a partir de un breve reconocimiento de superficie efectuado por Glen Cole en 1956—quien durante 10 días recorrió los alrededores del rancho Las Ánimas, situado 55 km al norte de El Salto y 85 km al noroeste de la ciudad de Durango, a una altura de entre 2 700 y 2 800 msnm, y estableció una secuencia de ocupación que abarca de 200 a 1100 d.C. (Spence, 1978: 165).

Por tratarse de un antecedente directo de nuestra investigación, abundaré un poco más en sus resultados. Se detectaron 30 asentamientos, la mayoría en abrigos rocosos, pero también algunos a cielo abierto. En casi todos ellos se recuperaron restos de cerámica en forma de cuencos, platos y jarras —en su mayoría erosionada, muy pocos ejemplares mantenían todavía el pulimento— (*ibidem*: 166). No obstante, dichas muestras le alcanzaron para definir tres complejos: Chivas (200-600 d.C.), Baole (600-650 d.C.) y Madroños (650-1100 d.C.) (*ibidem*: 183). En general la cerámica es monocroma y los pocos tipos decorados son también de fabricación local; es decir, concluye Spence, a través de la cerámica no se manifiestan relaciones con otros grupos (*ibidem*: 185).

Uno de los materiales más trabajados por los grupos humanos de Las Ánimas es la obsidiana, con la cual elaboraban puntas de proyectil. La obsidiana quizá provenía del yacimiento de Llano Grande, 30 km al noreste de El Salto y apenas 55 km al sureste de Las Ánimas.

A este primer complejo (Chivas, 200-600 d.C.) se asignaron 16 sitios, todos ubicados en abrigos rocosos, aun cuando varios presentan pequeños muros de adobe para marcar los límites de los abrigos. Además de la cerámica, en dichos sitios se recuperaron varios artefactos de lítica pulida y tallada. De la primera destacan varias manos de metate y soportes de metate, así como el fragmento de un hacha. También se reportan varias puntas de proyectil, a las que Spence les encuentra similitudes con el tipo San Pedro y ello le permite plantear la posibilidad de relaciones con las culturas Cochise o Loma San Gabriel (*ibidem*: 171, 181); sin embargo no es concluyente al respecto.

Al complejo Baole (600-650 d.C.) le corresponden únicamente cuatro sitios: tres en abrigos rocosos y uno a cielo abierto. No reporta arquitectura en ninguno de ellos, mas algunos tipos cerámicos decorados guardan ciertas similitudes con el tipo “Chico red-on-brown” de Loma San Gabriel. Una punta de obsidiana podría ser una variante del tipo San Pedro localizado en Ventana Cave, Arizona.

El complejo Madroños (650-1100 d.C.) está representado por siete sitios ubicados en estribaciones de los cerros o colinas bajas, y en seis abrigos rocosos del complejo Chivas también se recuperó material del complejo Madroños, pero de manera escasa; por tanto, sugiere Spence, estos últimos eran usados sólo como refugios temporales (*ibidem*: 177). Ninguno de los sitios presenta arquitectura que pueda asignarse a este complejo. En general se reconocieron por material disperso en la superficie: manos de metate de forma irregular, a veces con sólo una de sus caras usadas, a veces las dos. La única punta de proyectil de este complejo es similar a las usadas por los grupos Loma San Gabriel y Chalchihuites (*idem*). También se recuperó un malacate bicónico, un sello cilíndrico con decoración similar a uno de Guasave, y una figurilla antropomorfa que Spence relaciona con algunas localizadas en el área de Prescott, Arizona (*ibidem*: 178-179), aun cuando las similitudes se dan más bien con los grupos Loma San Gabriel (*ibidem*: 181).

A modo de conclusión, Spence afirma que “en términos de su cerámica y de su arquitectura de adobe en las cuevas, los sitios de Las Ánimas se pueden situar en la categoría general de culturas con cerámica y se relacionan básicamente con el suroeste de EU [...], antes que con sus contemporáneos complejos mesoamericanos [...]” (*ibidem*: 181-182; traducción de LAGT).

De hecho, la región de Las Ánimas fue habitada por grupos de agricultores simples, que a lo largo del tiempo no cambiaron en demasía su forma de vida. A esto Fernando Berrojalbiz (2001: s.p.) añade: “Estos complejos no creemos que estén bien definidos y fundamentados, ya que se basan fundamentalmente en analogías formales de las puntas de proyectil para fecharlas”. Sin embargo, en relación con el mismo problema de la ocupación “premesoamericana” de las partes altas de la sierra, más adelante indica: “las evidencias con que contamos actualmente corresponden al arte rupestre” (*ibidem*). Yo me pregunto: ¿acaso el arte rupestre no acusa de los mismos problemas, o quizá to-

davía más, que la analogía formal de las puntas de proyectil al momento de establecer cronologías?

Si bien los datos del Proyecto Hervideros provienen de zonas tanto alejadas de nuestra área de estudio, vale la pena reseñarlos, pues quizá algunos de sus elementos podrían verse reflejados en los sitios arqueológicos detectados en esta oportunidad. No obstante, centraré mi atención en la información proveniente de las partes altas de la sierra en el centro-norte de Durango.

Así, entre los estilos del arte rupestre encontrados en el Proyecto Hervideros en las partes media y alta de la sierra en el noroeste de Durango, se distinguen tres “pre-mesoamericanos” o “pre-chalchihuiteños”. Uno consiste de “líneas verticales y otros motivos abstractos y astrales formando distintos ritmos”; en otro se representan “puntas de proyectil y algunos animales”; y el tercero es definido por Berrojalbiz como arte gestual, pues se compone de marcas de dedos en forma de puntos para crear largas hileras horizontales (*ibidem*). “En realidad, dice M. Hers, es muy poco lo que sabemos, sólo que los que habitaban ese territorio eran poblaciones profundamente distintas a las mesoamericanas” (Hers, 2006: 24).

En la sierra de Tlahuitoles, 100 km al noroeste de nuestra zona de estudio, José Luis Punzo encontró en el arte rupestre las manifestaciones más antiguas de la ocupación humana en la parte alta de la sierra: “se han podido identificar dos momentos claros en la pintura: uno temprano, donde se encuentran motivos abstractos; es decir, una banda de pequeñas líneas transversales en rojo y negro [...]” (Punzo, 2006: 58); el otro es tardío, con semejanzas a los grabados de la tradición Chalchihuites.

Después de esta manifestación temprana y prácticamente no estudiada, pero a la que da el nombre de fase Tlahuitoles (*ibidem*: 66), hacia el año 1000 reconoce una serie de elementos un poco mejor definidos que le permiten establecer una secuencia que arranca con la fase Cocedores (1000-1300 d.C.), y continúa con la fase Xixime (1300-1600 d.C.) (*ibidem*).

La fase Cocedores “se caracteriza principalmente por la construcción de casas en acantilado y la aparición de las urnas funerarias que llamamos cocedores. Los fechamientos más tempranos de estos eventos nos remiten al año 1000” (*ibidem*: 59). Aunque en su cuadro cronológico Punzo hace terminar su fase Cocedores hacia el año 1300 d.C., aquí agrega: “la permanencia del rito de enterrar a sus muertos en cuevas y tapanlas con lodo permanecerá por más de 600 años entre los habitantes de la región” (*idem*) —es decir que tal característica se mantendría durante la fase Xixime.

Sin embargo, al mismo tiempo reporta dos sitios con características arquitectónicas muy diferentes a las casas acantilado. Uno es el Cerro de los Indios: “Se trata de un cerro todo terracedo por sus flancos este y oeste, y tiene una estructura circular en su parte superior. En las terrazas no parece haber indicios de uso habitacional y el material es sumamente escaso” (*ibidem*: 61). El otro se ubica también sobre la cumbre de un cerro y presenta “tres estructuras arquitectónicas circulares en la parte superior del cerro, además de un sistema defensivo de murallas que restringe el único acceso a la cumbre, ya que los demás están conformados por una serie de rocas escarpadas” (*idem*). Tales sitios los relaciona Punzo con la expansión Aztatlán en la costa de Sinaloa.

Posteriormente se sucede la fase Xiximes, la cual se caracteriza por un patrón de asentamiento de rancherías abiertas, y que Punzo describe así:

Encontramos una serie de sitios, de reducidas proporciones, que parecen haber sido pequeños ranchos pertenecientes tal vez a familias nucleares. La organización espacial interna de estos sitios es bastante homogénea, y se caracteriza por el uso del patio. Dentro de ésta encontramos dos tendencias que parecen ser simplemente expresiones distintas de un mismo patrón de asentamiento. La primera presenta patios en los que se combinan las estructuras cuadrangulares y circulares y las terrazas; la segunda es mucho más sencilla, se compone de una estructura cuadrangular y de una terraza natural o artificial que nivela un pequeño patio al frente. Todas estas estructuras cuadrangulares tienen características arquitectónicas comunes: la cons-

trucción de un pasillo al frente, la existencia de cuartos dobles o triples y la elaboración de plataformas en “L”, en donde descansan dos estructuras que conforman la esquina (*idem*).

Los sitios de la fase Xixime se localizan cerca de los arroyos, en áreas cercanas a las mejores tierras de cultivo, y curiosamente —dada la fama de extrema ferocidad que acompañó a los xiximes desde la llegada de los españoles—, respecto a la ubicación de los asentamientos Punzo indica que “la única desventaja que presentan estos sitios es que están totalmente indefensos” (*ibidem*).

La investigación arqueológica de salvamento

A lo largo del transepto de 230 km que atravesará la nueva carretera Durango-Mazatlán logramos detectar 85 sitios arqueológicos. De éstos, 15 se ubican en el extremo noroeste del valle de Guadiana; 62 en la Sierra Madre Occidental, entre los ríos Nevería, en Durango, y Pánuco, en Sinaloa, por encima de la cota de 200 msnm; mientras los últimos ocho se localizan en el piedemonte y la llanura costera del sur de Sinaloa, por debajo de los 200 msnm.

El valle de Guadiana

La mayoría de sitios detectados en el valle de Guadiana son pequeños, y los materiales arqueológicos se limitan casi exclusivamente a lascas de pedernal y obsidiana, algunas con huellas de uso y el resto con ligeros retoques para hacer más homogéneo el filo. Sin embargo, se recuperaron también artefactos como raspadores y puntas de proyectil, tanto de obsidiana como de rocas silicificadas, identificadas comúnmente como sílex o pedernal en la literatura arqueológica. Así, la lítica tallada es el material dominante de lo recuperado en el área de afectación de la nueva carretera Durango-Mazatlán entre el inicio de la misma y el kilómetro 30. La cerámica es francamente escasa y en su mayor parte corresponde a las épocas colo-

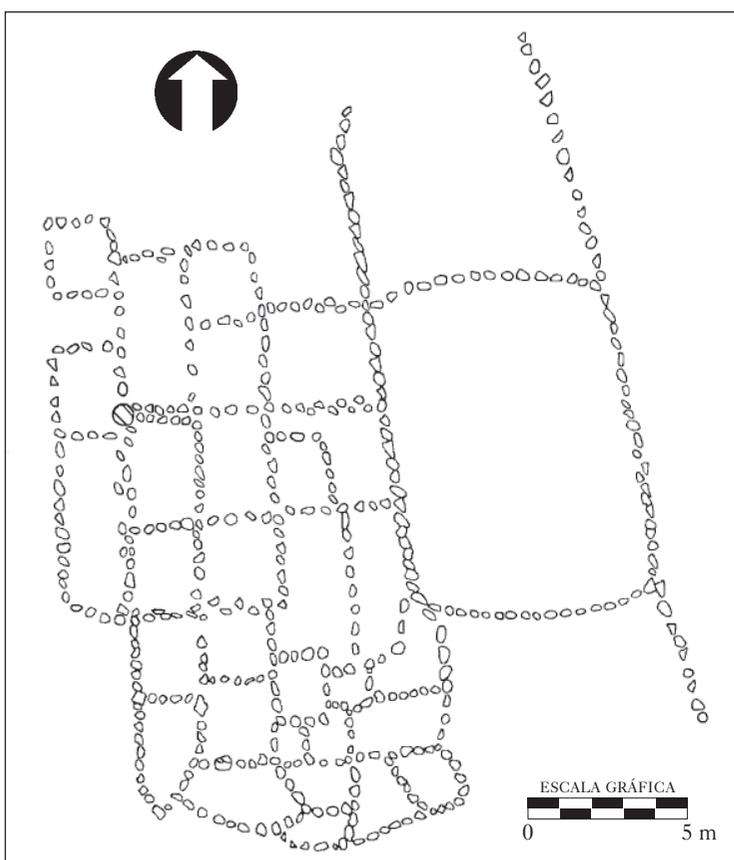
nial y moderna. Llama la atención que no se haya identificado ninguno de los tipos característicos de los grupos Chalchihuites, a pesar de ser ésta la cultura más estudiada y reconocida en el valle de Guadiana (Kelley, 1985, 1990; Punzo y Zavala, 2007).

Con todo, podemos destacar tres asentamientos que cuentan con estructuras arquitectónicas. Curiosamente, en los tres hemos tenido problemas para adjudicar las estructuras a la época prehispánica: CDM-01 Cerro Prieto, CDM-04 Minillas y CDM-08 Garavito.

El sitio CDM-01 Cerro Prieto se localiza hacia el noreste de la ciudad de Durango, sobre la ladera del cerro del que toma el nombre. Ahí se encuentra un área nivelada mediante los muros de contención de algunas terrazas extensas, sobre las que se construyó un conjunto de al menos 31 cuartos, de los que se observan con claridad los cimientos elaborados con rocas volcánicas. Los cuartos están unidos de forma ininterrumpida y sus dimensiones varían desde apenas 3 m² hasta los que ocupan un área de casi 25 m², y hacia el este se encuentra un espacio cerrado de aproximadamente 150 m² (fig. 4). Se trata de un espacio de construcción de casi 500 m² (100 x 50 m); sin embargo, asociado a las estructuras tan sólo se recuperaron unas cuantas lascas de pedernal y todavía menos de obsidiana; pero todas con huellas de uso.

Por su parte, el sitio CDM-04 Minillas está sobre la ladera del cerro Minillas, apenas 2 km al norte de la ciudad de Durango, por lo que la mancha urbana —cuyo crecimiento ha sido propiciado hacia allá por la construcción de la autopista— representa una amenaza de no muy largo plazo. De hecho, la construcción de la carretera y un banco de material destruyeron parte del asentamiento arqueológico.

Minillas es un sitio complejo y atípico conformado por al menos 20 estructuras bien definidas, dispuestas sobre un área aproximada de 6 ha (fig. 5). Destaca al sur-centro del asentamiento una estructura formada por cinco alineamientos circulares concéntricos, con el diámetro del círculo interior de sólo 3 m, mientras el más externo alcanza 34 m. Los cinco círculos están contruidos con piedras planas dispues-



● Fig. 4 Plano del sitio arqueológico CDM-01 Cerro Prieto.

tas de manera vertical, formado así una fina línea punteada difícilmente visible a distancia.

A su lado oeste se localizan ocho estructuras compuestas por dos círculos concéntricos elaborados con rocas de tamaño mediano. En promedio tienen 5 m de diámetro y fueron interpretados como hornos por Punzo y Zavala (2007: 184). Junto a ellas están los cimientos de una estructura cuadrangular de 4.5 m por lado. Es posible que haya habido más estructuras similares, pero fueron destruidas por el banco de material.

En tanto, hacia el este de la estructura circular, al interior de una especie de plaza limitada por muros bajos, se encuentran los cimientos de tres cuartos grandes, pues miden casi 30 m por lado. La del noroeste está sola y tiene dos rocas enormes en su interior; mientras las dos ubicadas hacia el sureste están comunicadas por una vereda limitada por alineamientos que llevan

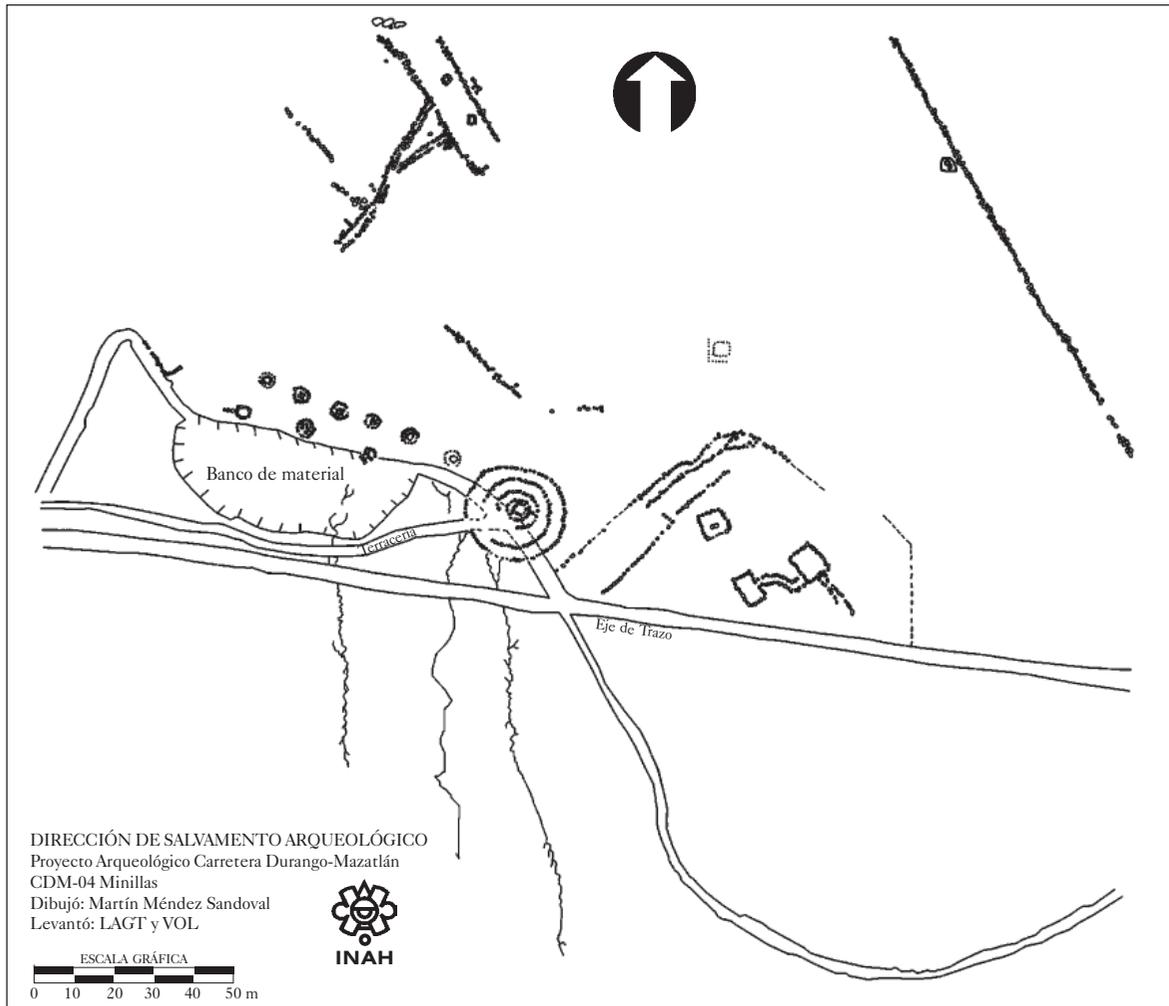
de la parte central de una a la esquina sur de la otra.

Cien metros al norte de la misma estructura se encuentra una explanada rectangular de 115 m de largo por apenas 15 de ancho. Está orientada de noroeste a sureste y limitada por muros bajos de piedra, al parecer extraída al momento de limpiar y nivelar la propia explanada. Tiene un acceso por el sureste y al interior presenta dos pequeños montículos con peculiar forma de herradura. El límite noroeste lo marca un muro de rocas grandes; en tanto del muro suroeste parten dos veredas estrechas, limitadas también por alineamientos de piedra, las cuales convergen 19 m al suroeste y a partir de su intersección continúa una sola por espacio de 20 m hasta interrumpirse en mitad de la ladera. El complejo arquitectónico está limitado al noreste por una larga terraza de más de 100 m de largo, conformada por dos hileras. Además, entre los conjuntos

del lado sur y la explanada norteña hay varias terrazas pero mucho más pequeñas.

A lo largo y ancho de la ladera del cerro Minillas hay una regular cantidad de lítica tallada, con una mayor preponderancia entre las estructuras arquitectónicas. En su mayoría corresponde a lascas de pedernal y obsidiana, pero también recuperamos una hachuela de pedernal, dos fragmentos de navaja de obsidiana y una punta de proyectil de pedernal blanco de tipo no identificado todavía (fig. 6a). Por su parte, Punzo y Zavala (*idem*) reportan el hallazgo de dos puntas San Pedro, correspondientes al periodo Agrícola temprano, entre 1500 y 800 a.C. (Carpenter *et al.*, 2003). En un sitio cercano, CDM-03 La Toña, encontramos una punta que también recuerda al tipo San Pedro, pero no puedo asegurarse (fig. 6b).

En suma, la presencia de puntas del periodo Agrícola temprano, y quizá la de los hornos



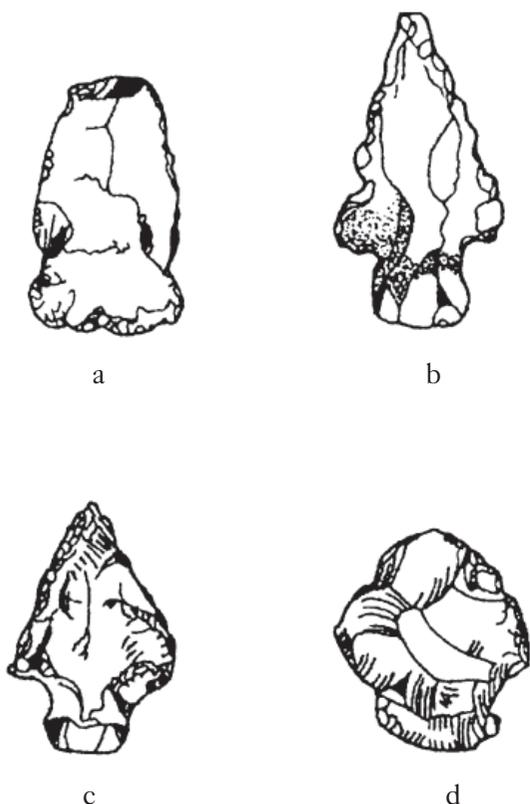
● Fig. 5 Plano del sitio arqueológico CDM-04 Minillas.

—si son hornos—, sugieren que Minillas representa una ocupación temprana en el valle de Guadiana. Aunque no puede dejarse de lado la información proporcionada por los lugareños, quienes aseguran que éste era un campo militar para prácticas de tiro, aunque en honor a la verdad no recuperamos un solo casquillo de bala.

En cambio, 7 km al este, sobre la ladera del cerro Los Amoles, recuperamos otra punta de proyectil de forma similar al tipo San Pedro, pero elaborada con obsidiana gris (fig. 6c). En las cercanías está el sitio CDM-08 Garavito, donde se detectaron varias terrazas, algunos cuartos semidestruidos y tres pequeñas estructuras interpretadas como “fogones” (fig. 7). El material asociado incluye numerosos nódulos pequeños

de obsidiana y una gran cantidad de lascas del mismo material, con el que también se elaboraron algunas puntas de proyectil, destacando el hallazgo de una punta con pedúnculo ancho, pero cuya tipología no hemos logrado determinar (fig. 6d). La obsidiana probablemente provenga del cercano yacimiento ubicado a menos de 15 km al este y registrado como CDM-13 El Yacimiento. Hay también, sin embargo, una relativa abundancia de lascas de pedernal y un pequeño raspador del mismo material.

Hacia el sur se localizan dos estructuras mucho más grandes. La mayor, de 30 x 17 m, está construida con muros de piedra de casi un metro de ancho y poco más de un metro de alto; mientras hacia el este se encuentran los muros



● Fig. 6 Puntas de proyectil recuperadas en sitios del valle de Guadiana: a) CDM-4 Minillas; b) CDM-03 La Toña; c) CDM-07 Los Amoles; d) CDM-08 Garavito.

de una casa de 6.80 x 4.80 m, y donde además de cerámica vidriada se recuperó una moneda de octavo de real acuñada por el Departamento de Durango en 1845. En consecuencia, la casa corresponde al siglo XIX y la estructura aledaña pareció funcionar como corral para ganado, interpretación apoyada en el hallazgo de varios clavos de herradura en su interior.

La casa estaba en las cercanías de un antiguo camino, cuyos restos encontramos a lo largo de poco más de un kilómetro al oeste de Garavitos y corría en su dirección. Parece tratarse del antiguo camino a Mazatlán mencionado por el geógrafo Pastor Rouaix en 1929, antecedente directo tanto de la carretera federal 40 que une actualmente a Durango con dicho puerto, la cual se construyó entre 1923 y 1960, como de la “supercarretera” todavía en construcción y motivo de este trabajo —y que en parte corre por los mismos parajes que el antiguo camino de herradura.

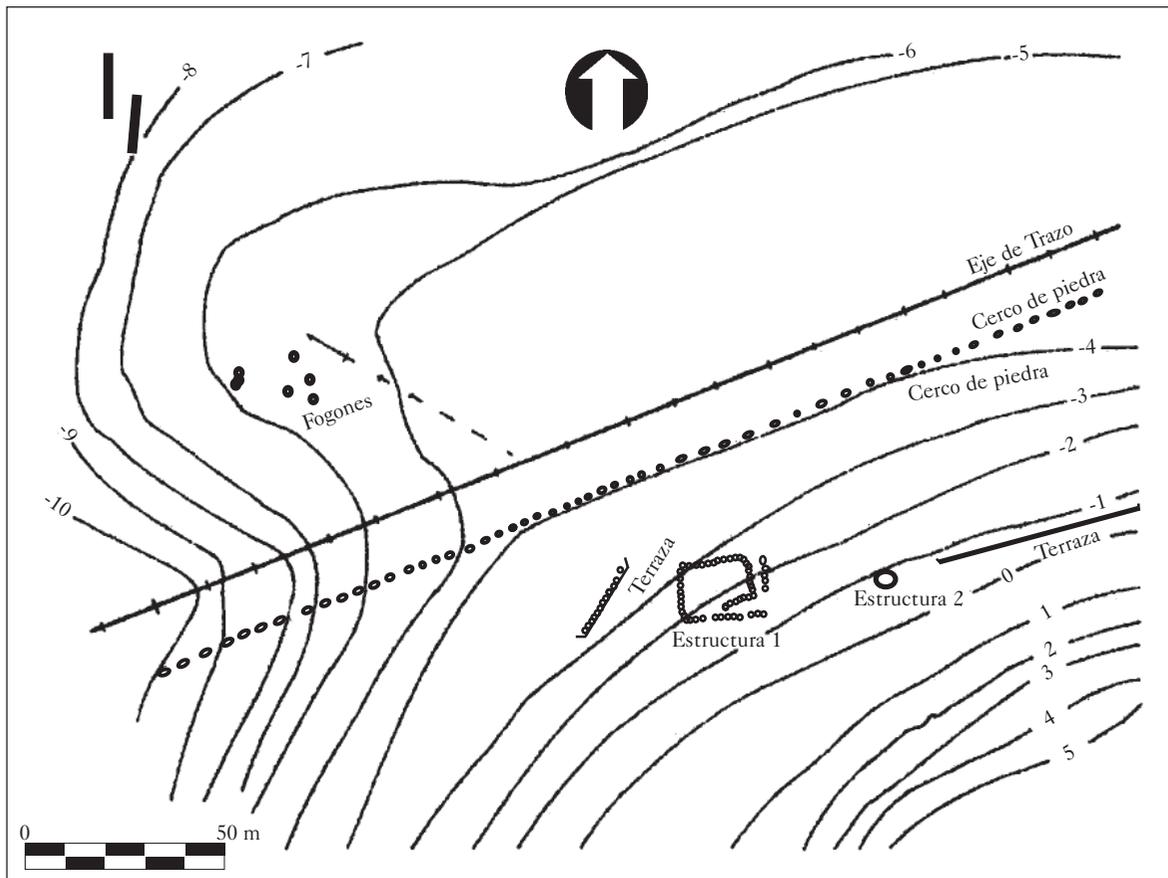
Así las cosas, en el transepto fue afectado por la construcción de la nueva carretera, desde su inicio y hasta el kilómetro 30, encontramos datos de una antigua ocupación correspondiente al periodo Agrícola temprano (1500-200 a.C.); pero también evidencias de la comunicación establecida entre las ciudades de Durango y Mazatlán durante el siglo XIX y principios del XX. Curiosamente, de los grupos Chalchihuites, la “cultura” prehispánica más conspicua de Durango, no encontramos nada.

La sierra

En la sierra se detectaron 62 sitios arqueológicos, mas en la gran mayoría de ellos sólo se encontraron algunas lascas de obsidiana y/o pedernal disperso en superficie, con ocasionales huellas de uso y retoques parciales. Este tipo de sitios fueron clasificados como campamentos estacionales de corta duración; esto es, los materiales recuperados manifiestan una estancia muy breve, limitada quizá a unos cuantos días, muy probablemente como resultado de la práctica de la caza y descuartizamiento de los otrora abundantes animales.

En otros sitios, también clasificados como campamentos estacionales, pudimos encontrar una mayor cantidad de materiales sin limitarse éstos a simples lascas con retoque y huellas de uso, pues también se hallaron artefactos como raspadores, cuchillos y puntas de proyectil. Es decir, instrumentos relacionados con la caza y el posterior procesamiento del producto. La mayor parte de estos sitios se ubican en las cercanías de alguno de los numerosos arroyos o los ríos que serán atravesados por la nueva carretera. Sin embargo, ello no significa que se hayan establecido ahí de manera permanente, sino que su estancia obedece a que los animales susceptibles de ser cazados bajarían a beber a las corrientes de agua, a las cuales los cazadores volverían de forma periódica a ejecutar la misma acción, y quizá por ello los vestigios arqueológicos son relativamente más abundantes.

El que la mayor parte de los sitios arqueológicos registrados en esta oportunidad en la parte alta de la sierra no hayan sido habitados perma-



● Fig. 7 Plano del sitio arqueológico CDM-08 Garavito.

nementemente, sino sólo durante breves periodos de tiempo, no significa que estemos hablando de pueblos trashumantes. No, lo que nos muestra son las incursiones, en solitario o más probablemente en pequeños grupos, de cazadores que de vez en vez recorrerían la zona, desplazándose de sus poblados para luego regresar a ellos una vez cobrada la presa y preparada para su traslado.

En efecto, algunos de los asentamientos fueron habitados de manera permanente, o al menos por temporadas largas. Casi todos los sitios que manifiestan una ocupación prolongada se encuentran en los escasos valles intermontanos que atraviesa la carretera y, por supuesto, en las cercanías de corrientes de agua. Algunos sitios muestran solamente mayor cantidad de material arqueológico en superficie —CDM-31 Los Artículos, CDM-54 Los Hongos, CDM-71 Chupaderos y CDM-78 La Guásima II—; sin

embargo, otros presentan también cimientos de casas, como en el caso de CDM-14 Río Chico, CDM-15 Las Casitas, CDM-27 La Purísima, CDM-46 La Laguna I, CDM-64 Coscomate, CDM-65 Las Cebollas, CDM-68 La Tumba Extraviada. Otros tres sitios revelan una mayor complejidad: CDM-20 El Temascal, CDM-38 Hacienda Llano Grande y CDM-55 La Pirámide. Éstos se describen por separado, junto con otros sitios que presentan algunas características distintivas de la ocupación prehispánica en la zona serrana entre el valle de Guadiana y la llanura costera del sur de Sinaloa. Serán descritos como si el recorrido fuera de Durango a Mazatlán, esto es, de este a oeste.

El primero se ubica sobre la cima del pequeño cerro El Temascal, a menos de un kilómetro de la barranca sobre la que corre el tumultuoso río Nevería. En la parte alta del cerro localizamos dos estructuras circulares formadas por

unas cuantas piedras encajadas en el suelo. La roca del lado este tiene 8 m de diámetro, mientras la del lado oeste, separada por 30 m, mide casi 13 m de diámetro. Ambas están asociadas a otro círculo de piedra de apenas un metro de diámetro, los cuales parecieron funcionar como fogones, o más propiamente como hornos para barbacoa.

La forma, dimensiones y ubicación de estos círculos de piedra recuerda a los denominados patios de mitote, espacio donde se celebra el ritual más importante entre coras, huicholes, mexicaneros y tepehuanes del sur. Por ejemplo, en la comunidad tepehuana de Santa María Ocotán el patio de mitote: “está ubicado en una pequeña loma [...] a poco más de 2 km al poniente del pueblo [...]. Dicho lugar es un espacio más o menos circular, de aproximadamente 10 o 12 m de diámetro, bordeado en algunos puntos por algunas piedras enterradas” (Reyes, 2006: 63-64).

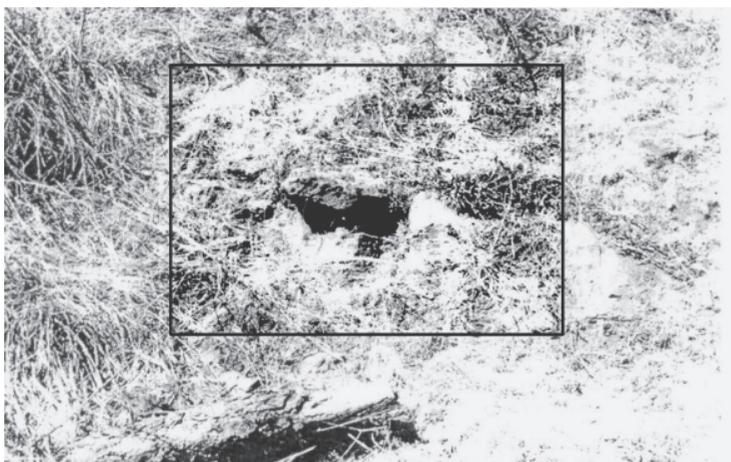
El asentamiento arqueológico de mayor complejidad de este proyecto se ubica en pleno corazón de la sierra, En el extremo norte del valle de Llano Grande, sobre la estribación del cerro La Bandera. En el sitio, registrado como CDM-38 Hacienda Llano Grande, logramos identificar ocho estructuras arquitectónicas ubicadas todas en una especie de puerto, antes de que el cerro se deslice hacia el valle. Apoyados sobre una loma, desde la que se domina toda la planicie de Llano Grande, hay dos cuartos cuadrangulares formados por muros de piedra laja de hasta un metro de espesor y casi 1.5 m de altura (fig. 8). Exactamente en la cima de la loma se ubican los restos de otra estructura de piedra laja, prácticamente volteada del revés por el intenso saqueo. Al mismo pie de la loma se distinguen los restos de otros tres

cuartos, éstos contruidos con “piedra braza”; el mejor conservado mide 8 m por lado; los otros dos se encuentran tan deteriorados que no fue posible determinar sus dimensiones.

A 40 m de ahí, hacia el norte, hay otras dos estructuras; la primera es un cuarto rectangular de 7 x 15 m construido con piedras encajadas en el suelo. La otra es una estructura compuesta, formada por un montículo bajo, de sólo un metro de altura, en el que sin embargo pueden apreciarse hasta tres hiladas de piedra laja (fig. 9). Adosado hay un cuarto de 6 x 7 m, cuya forma recuerda a la de los asentamientos xiximes de la sierra de Tlahuitoles, donde el pa-



● Fig. 8 Uno de los muros de lajas del sitio CDM-38 Hacienda Llano Grande.



● Fig. 9 Detalle de las hiladas de piedra del montículo del conjunto 2 del sitio CDM-38 Hacienda Llano Grande.

trón común es la existencia de patios al frente de pequeños montículos, y cuya ocupación establece Punzo (2006: 61) como posterior a 1 300 d.C.; pero también a los conjuntos de dos cuartos del sitio Weicker (Foster, 2000), igualmente con ocupación al final de la época prehispánica.

En la ladera del mismo cerro La Bandera hay dos abrigos rocosos en los que se observan varios pozuelos horadados sobre su piso; pero más importante aún es que en sus alrededores recuperamos gran cantidad de obsidiana, sobre todo nódulos y lascas de desecho, pero también preformas y artefactos terminados como raspadores, cuchillos y puntas de proyectil, lo cual indica que aquí se realizaba el proceso de talla de la obsidiana tan abundante en el fondo del Llano Grande.

Diseminados a lo largo y ancho del valle hay nódulos pequeños de obsidiana, desde algunos de escasos 3 cm hasta artefactos que rebasan 10 cm (fig. 10); de hecho los nódulos no sobrepasan el tamaño de un puño y son precisamente de los más grandes que se encuentran en la ladera del cerro La Bandera, donde se procesaron y quizá se distribuyeron al resto de los asen-



● Fig. 10 Nódulos de obsidiana de Llano Grande.

tamientos serranos, pues en todos ellos las características de la obsidiana —a veces el único material arqueológico presente—, son iguales a la de Llano Grande y no únicamente entre los detectados en el eje de trazo de la nueva carretera, sino también en puntos de la sierra como los alrededores del rancho Las Ánimas, a 50 km de Llano Grande (Spence, 1978); e incluso en áreas más lejanas como la sierra de Tlahuitoles (Punzo, 2006) y más allá, en los sitios de la tan cuestionada cultura Loma San Gabriel (Foster, 1985).

Otro sitio relevante, no sólo en lo que concierne al trabajo de la obsidiana, es el registrado como CDM-55 La Pirámide. Ubicado en una de las zonas más altas por donde atraviesa la nueva carretera, a casi 3 000 msnm, está el pequeño valle de La Pirámide, cuyo fondo permanece anegado durante la larga temporada de lluvias, formando una laguna baja. A su lado, en el extremo sur del valle, hay un afloramiento rocoso con varias cuevas o abrigos rocosos, en los que hay claras evidencias de ocupación humana en el pasado (fig. 11). Varios de ellos tienen muros de piedra limitando su entrada, y en casi todos se recuperaron lascas de obsidiana. En este sentido destaca el llamado Abrigo con Hoyos, nombrado así por las seis horadaciones excavadas en la roca, y donde se recuperó una gran concentración de lascas de obsidiana que muestran todo el proceso de talla, incluyendo una preforma y una punta completa, por ello lo interpreto como un pequeño taller familiar donde se trabajó la obsidiana (fig. 12). La punta es de forma triangular, con bordes aserrados, y muescas y aletas en su base.

Otro de los abrigos presenta también algunas horadaciones en el piso, pero destacan elementos como los restos de pintura roja en una de sus paredes, y que por desgracia están muy alterados; sin embargo, entre sus diseños se pueden apreciar puntos, varias líneas y quizá una mano (fig. 13).

El afloramiento está limitado en la parte norte por una extensa terraza cuyo muro de contención mide más de 100 m de largo y fue construido con piedras grandes (fig. 14). En las cercanías de los abrigos hay otras terrazas más pequeñas.



● Fig. 11 Afloramiento rocoso al sur del valle de La Pirámide.



● Fig. 12 Obsidiana del Abrigo con Hoyos del sitio CDM-55 La Pirámide.

Hacia el noreste, fuera del afloramiento, hay otra terraza de casi 20 m por lado, cuyo muro está muy bien conservado. Al pie de la terraza hay una piedra con un pozuelo de forma oval en su parte superior (fig. 15), mientras encima de ella hay otras dos piedras con pozuelos, las

cuales fueron volteadas en busca de tesoros. Cerca de la terraza se recuperó una concentración de tepalcates que resultaron ser parte de un mismo ejemplar: una olla con evidencias de haber sido sometida al fuego. Recuperamos también otros tiestos de acabado alisado y otros con los bordes evertidos, característicos de la sierra (Ganot y Peschard, 1997) (fig. 16). Asimismo, en el Abrigo con Hoyos se encontró el borde de un cajete con decoración policroma, cuyo exterior muestra líneas en color rojo y crema tanto en forma paralela como perpendicular al

borde. En el interior presenta únicamente líneas en rojo.

Así, el sitio CDM-55 La Pirámide es uno de los que presenta un mayor número de vestigios; sin embargo, no parece haber estado habitado permanentemente a pesar de encontrarse en uno de los puntos de la parte alta de la sierra más apto para la práctica agrícola. Con todo, el suelo es muy delgado y el cultivo lo agota rápidamente, de ahí la posibilidad de que el valle estuviera habitado sólo por temporadas. Tal patrón es similar al de los actuales habitantes indígenas de la sierra, como en el caso de los huicholes de principios del siglo XX:

La necesidad de la vida obliga a los indios a vivir en aislamiento debido a la infertilidad del suelo. Así es que los pocos que se encuentran reunidos en las aldeas poseen aún hoy por lo menos un rancho, en el cual permanecen la mayor parte del año. Esos ranchos son abandonados en lo más avanzado de la estación de secas, por la falta de agua. Casi se pudiera llamar a los huicholes un pueblo de nómadas. Las casuchas primitivas se levantan conforme a la situación de las sementeras de maíz. Muchos huicholes se contentan con vivir en cavernas (Preuss, 1998b: 219).

Merced a su abundancia de agua, el valle de La Pirámide sería uno de los puntos privilegiados donde se concentraría la población en una aldea, a la cual los antiguos habitantes de la sierra regresarían periódicamente quizá a celebrar



● Fig. 13 Restos de pintura rupestre en el sitio CDM-55 La Pirámide.



● Fig. 14 La terraza que limita el afloramiento en el sitio CDM-55 La Pirámide.

sus rituales más importantes, y que para su cabal funcionamiento requieren de la participación de toda la comunidad. En efecto, en La Pirámide encontramos algunos elementos que, a través de la analogía etnográfica, se pueden interpretar como de carácter ritual.

Al oriente del poblado, sobre el peñasco conocido precisamente como La Pirámide, hay una cueva cuya entrada se orienta hacia el valle (fig. 17). A pesar de haber sido saqueada por excursionistas que cada fin de semana acuden a rapelear a esta zona, en su interior logramos recuperar una punta de obsidiana completa (fig. 18). Esta situación quizá pueda relacionarse con

la extendida costumbre —entre huicholes, coras, tepehuanes y mexicanos— de ofrendar flechas en las cuevas ubicadas justamente al oriente de sus poblados (Preuss, 1998a; Reyes, 2006). Así ocurre entre los mexicanos, el grupo geográficamente más cercano a la zona:

En la fiesta de marzo se preparan tamales de maíz con frijoles y se fabrican dos flechas, una para Tonantsi [nuestra madre] y otra para Totats, el sol. Para cada uno de los participantes de la fiesta se amarra una pluma de halcón a cada una de las flechas. De esto depende la salud de cada uno. En la mañana se depositan las flechas en una cueva cercana situada en el oriente, así como los cráneos y las astas de venado que se cazaron para la fiesta (Preuss, 1998a: 206).

Por su parte, los pozuelos detectados en piedras asociadas a terrazas y algunos abrigos rocosos quizá puedan relacionarse con el mitote de petición de lluvias celebrado en abril o mayo de cada año. Durante la peregrinación a los lugares de sus antepasados los tepehuanes de Santa María de Ocotán visitan una piedra:

Con algunas cavidades poco profundas y de forma irregular. De los agujeros destacan cuatro de alrededor de 30 cm de diámetro. Dos de ellos permanecen tapados con piedras, mientras que los otros dos están descubiertos. En los dos primeros, los mayores esparcen el pinole que sobró del recorrido. Después destapan las cavidades que estaban tapadas y las limpian de desechos de ofrendas anteriores [...]. En la cavidad oriental introducen la piel del animal [que previamente habían sacrificado] mientras que en la del poniente, los huesos (Reyes, 2006: 148).

De hecho, la poca cerámica recuperada en el sitio La Pirámide se encontró en las cercanías de los puntos donde están los pozuelos, por ello



● Fig. 15 Una de las piedras con pozuelo del sitio CDM-55 La Pirámide.



● Fig. 16 Fragmento de olla con el borde evertido, comparado con materiales completos recuperados en la sierra (tomado de Ganot y Peschard, 1997).

es probable que correspondan a restos de las vasijas en que se llevaba el pinole. En este punto debe destacarse que la poca cerámica recuperada en Llano Grande se encontró también asociada a uno de los abrigos donde hay varios pozuelos. ¿Estarían los abrigos rocosos relacio-

nados con el culto a los antepasados? No debemos olvidar que la presencia de pintura en algunos de estos abrigos se relaciona con los de la sierra de Tlahuitoles, anteriores al año mil (Punzo, 2006).

Esto en lo que respecta a la parte alta de la sierra. En la región de las quebradas hay un sitio que merece destacarse porque corresponde a la meseta de Santa Lucía, una de las escasas zonas planas. El asentamiento se compone de tres conjuntos localizados sobre otras tantas lomas, a cuyo pie corre un arroyo que desaparece más de 300 m abajo, en el torrente del río Chirimoyos.

En el primer conjunto, además de las consabidas lascas de obsidiana y un poco de cerámica, recuperamos tres puntas de proyectil con muescas y aletas elaboradas con obsidiana gris traslúcida (figs. 19a, b, c). Un segundo conjunto está conformado por los cimientos de un cuarto de 6 x 4 m, en cuyas inmediaciones se recuperó un poco de cerámica, la mayor parte de pasta gruesa, así como varias lascas de obsidiana gris y una punta de obsidiana gris verdosa, también con muescas y aletas (fig. 19d). En el tercer conjunto, ubicado sobre la cima de una loma, se recuperó una regular cantidad de cerámica, así como lítica tallada en la que sobresalen tres cuchillos de pedernal y dos fragmentos de puntas.

La regular concentración de materiales en la meseta de Santa Lucía nos indica que las condiciones de la misma, con terrenos planos y agua en las cercanías, fueron aprovechadas a cabalidad. De hecho, todavía en el siglo XVIII Santa Lucía era un pueblo de indios (Altable, 2000), y en nuestros días es el único poblado de cierta importancia que

Lucía nos indica que las condiciones de la misma, con terrenos planos y agua en las cercanías, fueron aprovechadas a cabalidad. De hecho, todavía en el siglo XVIII Santa Lucía era un pueblo de indios (Altable, 2000), y en nuestros días es el único poblado de cierta importancia que



● Fig. 17 El peñasco conocido como La Pirámide, donde se aprecia la entrada de la cueva.



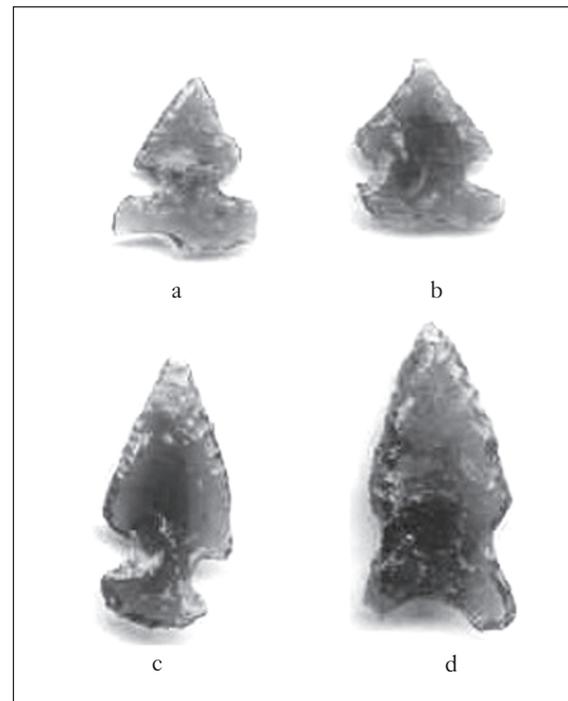
● Fig. 18 Punta de la cueva La Pirámide.

toca la nueva carretera en su recorrido por lo más escabroso de las quebradas, y también el único sitio registrado en esas condiciones.

Caso contrario a las estribaciones bajas de la sierra, donde el accidente fisiográfico que domina el paisaje que afectará la construcción de la nueva carretera es el río Pánuco y a sus orillas donde se ubican los asentamientos, siempre sobre terrazas naturales que permiten el desarrollo de los suelos más aptos para la agricultura. Los sitios arqueológicos presentan una regular

concentración de cerámica, en su mayoría en formas de uso doméstico, además de objetos de mollienda y hachas de garganta. Todo ello confirma que los habitantes de las partes bajas de la sierra tenían como actividad principal la agricultura (Grave, 2008a), pero seguramente no menospreciaron la recolección y la caza; esta última actividad podemos inferirla de la presencia de puntas de proyectil en varios de los asentamientos arqueológicos, sobre todo en el sitio CDM-78 La Guásima II.

Éste se localiza no muy lejos del poblado que le da nombre, sobre la vega del río Pánuco. Se trata del sitio con la mayor cantidad, calidad y variedad de materiales de los registrados en la parte baja de la sierra. La concentración de cerámica es alta si la comparamos con el resto de sitios del proyecto; sin embargo, la mayor parte es monocroma, aunque un tepalcate todavía conserva su decoración en rojo, que destaca



● Fig. 19 Puntas de Santa Lucía.

sobre el fondo crema. Hay también una regular cantidad de manos de metate, en su mayoría elaboradas aprovechando los cantos rodados del río, aunque unas pocas muestran un mayor proceso de trabajo. Se recuperó además un hacha de garganta y un machacador. Por el contrario, la lítica tallada es escasa y se limita a unas cuantas lascas de obsidiana, aunque se recuperó una pequeña punta de proyectil.

La llanura costera

Finalmente, la llanura costera del sur de Sinaloa. Aunque en teoría se trataba la zona con el mayor potencial arqueológico, fueron muy pocos los sitios detectados, aparte de resultar muy pequeños. Esto puede deberse a dos razones: primera, el recorrido en esta zona se realizó cuando ya buena parte del eje de trazo había sido afectado por el desmonte para la construcción de la carretera; y segunda, es uno de los puntos de la llanura más secos de todo el sur de Sinaloa, surcada por sólo unos cuantos arroyos que al poco de nacer se escurren entre el yermo.

Si bien se registraron ocho concentraciones de cerámica, en realidad se trata de unos cuantos tepalcates dispersos sobre alguna de las múltiples lomas que hienden el paisaje; únicamente en tres de ellas la ocupación prehispánica es clara y corresponde a casas aisladas en las cercanías de campos de cultivo de temporal, cuya ocupación se dio principalmente entre 500 y 750 d.C., de acuerdo con los pocos tiestos recuperados.

Comentarios finales

En general, los sitios arqueológicos registrados en el Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán son pequeños y se componen de sólo unos cuantos materiales. De hecho, esta es una de las ventajas de la arqueología de salvamento, pues al “obligarnos” a reconocer toda el área de afectación directa nos permite identificar incluso aquellos lugares que manifiestan sólo una breve ocupación, y si enfocáramos nuestro estudio únicamente a las zo-

nas potenciales y/o con la ayuda de informantes, probablemente tales sitios pasarían desapercibidos. De modo tal que nos permite un mejor acercamiento al patrón de asentamiento del transepto afectado.

Así como desde el punto de vista geográfico la nueva carretera atraviesa tres zonas claramente diferenciadas: el valle de Guadiana, la sierra y la llanura costera, así también las características culturales se empatan con estas zonas.

En el valle de Guadiana llama la atención la total ausencia de materiales de la cultura Chalchihuites; sin embargo, es relevante la presencia de material que probablemente corresponda al periodo Agrícola temprano (1500-200 a.C.); es decir, la parte noreste del valle del Guadiana estuvo ocupada antes de la penetración de los grupos Chalchihuites al estado de Durango, y que de acuerdo con Hers (1996) inicia en el siglo VI. Entre los vestigios localizados destacan los del sitio CDM-04 Minillas, a cuya exploración prometen aplicarse Punzo y Zavala (2007), quienes actualmente desarrollan su investigación en el valle.

Por otra parte, de acuerdo con los resultados de la investigación de salvamento debieron pasar más de dos milenios para que el área de afectación de la carretera Durango-Mazatlán en el valle del Guadiana volviera a ocuparse, pues las estructuras excavadas en el sitio CDM-08 Garavito corresponden a la primera mitad del siglo XIX, y su presencia ahí quizá se deriva de la existencia del antiguo camino a Mazatlán, cuyos probables restos fueron registrados como CDM-10 El Camino de Herradura, lo cual es una prueba clara de que ésta es una de las rutas más cortas y menos difíciles para comunicar el altiplano de Durango con la costa sinaloense. De lo contrario, por qué se han construido ahí las principales vías para comunicar ambos estados: el antiguo camino de terracería, la inconclusa vía del ferrocarril, la carretera federal 40 y ahora la “supercarretera” Durango-Mazatlán, cuyo término esperan con ansia tanto duranguenses como mazatlecos, los unos para irse a la playa, los otros para escapar unos días del calor.

Es en la zona serrana donde más espacio recorre la nueva carretera: 175 de 230 km (76.8%),

y también donde más sitios arqueológicos fueron registrados: 62 de 85 (72.9%), si bien la inmensa mayoría de ellos se reconocieron únicamente a través de unas cuantas lascas de obsidiana dispersas en superficie, por lo que fueron interpretados como campamentos estacionales de corta duración. En efecto, el uso de la obsidiana, incluso en aquellos sitios donde se realizaron actividades sólo por un breve tiempo, nos indica la importancia de esta materia prima en la vida de los antiguos habitantes de la sierra.

Se reconocieron dos áreas con abundancia de nódulos de obsidiana. La primera, en el flanco oriental de la sierra, se localizó entre los ríos Chico y Nevería, relativamente cerca del valle de Guadiana, zona en la que fue utilizada preferentemente, pues los nódulos recuperados en el sitio Garavito, por ejemplo, tienen características idénticas a las del yacimiento, esto es, nódulos pequeños, pues los más grandes no rebasan los 7 cm de diámetro. Al parecer, su explotación fue escasa y se limitó a los sitios aledaños, aunque quizá se remonte únicamente al periodo Agrícola temprano.

Caso contrario al yacimiento de obsidiana de Llano Grande, pues de ahí parece provenir la obsidiana utilizada por buena parte de los grupos serranos ya en nuestra era. Fue tal la importancia de la obsidiana de Llano Grande que en sus cercanías se encuentra el asentamiento más complejo de todos los registrados en el proyecto (CDM-38 Hacienda Llano Grande), y desde ahí se llevó a cabo la explotación y procesamiento de la obsidiana, al menos durante la última etapa de la ocupación prehispánica en la sierra.

En efecto, el patrón arquitectónico de las estructuras de Llano Grande lo relacionan con sitios de la fase Xixime de la sierra de Tlahuitoles, cuya temporalidad establece Punzo (2006) como posterior a 1 300 d.C. Sin embargo, antes de ello es posible que no haya habido un control sobre la obsidiana, sino que quien la necesitaba debía abastecerse de ella; la presencia de pintura rupestre en el valle de la Pirámide y en Las Adjuntas (sitio CDM-53 km. 108+740) recuerdan al tipo descrito por Punzo —también en la sierra de Tlahuitoles— como

anterior al año 1 000 d.C.; en el mismo sitio de La Pirámide la presencia de muros limitando la entrada de algunos abrigos rocosos puede relacionarse con el patrón del complejo Chivas de Las Ánimas, cuya cronología sitúa Spence entre 200 y 600 d.C. En el sitio de La Pirámide se encontraron evidencias del procesamiento de obsidiana.

Por otra parte, la obsidiana utilizada en la meseta de Santa Lucía no proviene de Llano Grande, ya que es fina y de color verdoso. Es probable que ésta llegara a la sierra a través del intercambio con los grupos costeros del sur de Sinaloa, donde esta obsidiana, proveniente de Pénjamo, Guanajuato, fue utilizada principalmente durante el horizonte Aztatlán, de 750 a 1300 d.C. (Grave *et al.*, 2003). En el mismo sentido, un tiesto recuperado en el sitio La Guásima II, ya en la sierra baja, proviene también de la costa y pertenece a la misma temporalidad, a juzgar por su pasta y decoración. Por tanto, es posible aducir que la ocupación de la zona serrana entre Durango y Mazatlán pudo iniciar durante el primer milenio d.C. y continuar —al menos en su flanco occidental— durante los inicios del año 1000, y desde entonces se mantuvieron relaciones con los grupos costeros.

Sin embargo, la ocupación principal de la serranía parece darse hasta el final de la ocupación prehispánica; esto es, entre 1300 y la llegada de los españoles. En esta época la zona serrana estuvo habitada por xiximes y tepehuanes del sur. Con respecto a los últimos, ya vimos que en el sitio El Temascal las estructuras circulares son muy similares a los actuales patios de mitote de los tepehuanes de Santa María Ocotán; y el resto del área, desde Llano Grande a las estribaciones de la sierra, podemos establecerla como xixime, donde los elementos de carácter ritual guardan estrecha relación con las prácticas rituales de los actuales habitantes indígenas de la Sierra Madre Occidental. Cosa que, por lo demás, también hemos detectado en los petrograbados de la parte baja de la sierra, en el sur de Sinaloa (Grave, 2008c).

Así pues, aun cuando la imagen que se ha perpetuado de los xiximes es de una “gente, salvaje, vil y villana, indómita y glotona de car-

<i>Sitio Arqueológico</i>	<i>Ubicación</i>	<i>Tipo</i>	<i>Clasificación</i>
CDM-01 Cerro Prieto	Valle de Guadiana	Con estructuras	Caserío
CDM-02 Cerro Colorado	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-03 La Toña	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-04 Minillas	Valle de Guadiana	Con estructuras	¿Centro cívico-religioso?
CDM-05 Mesa Redonda I	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-06 Mesa Redonda II	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-07 Los Amoles	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-08 Garavito	Valle de Guadiana	Con estructuras	Caserío
CDM-09 El Entronque	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-10 El Camino de Herradura	Valle de Guadiana	Con estructuras	Camino Real
CDM-11 El Recodo	Valle de Guadiana	Con estructuras	Caserío
CDM-12 12 de Septiembre	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-13 El Yacimiento	Sierra Alta	Yacimiento	Yacimiento de obsidiana
CDM-14 Río Chico	Sierra Alta	Con estructuras	Ritual (¿Patio de mitote?)
CDM-15 Las Casitas	Sierra Alta	Con estructuras	Caserío
CDM-16 El Campamento	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-17 Cerro Lazado	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-18 Presa Garavito	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-19 La Cortina	Valle de Guadiana	Lítica	Campamento estacional
CDM-20 El Temascal	Sierra Alta	Con estructuras	Ritual (Pacios de mitote)
CDM-21 Los Pajaritos	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-22 La Poza	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-23 El Abrigo	Sierra Alta	Abrigo rocoso	Campamento estacional
CDM-24 Canoas I	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-25 Canoas II	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-26 Empalme	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-27 La Purísima	Sierra Alta	Con estructuras	Caserío
CDM-28 Arroyo Purísima I	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-29 Arroyo Purísima II	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-30 La Casa del Ermitaño	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-31 Los Artículos	Sierra Alta	Lítica	Caserío
CDM-32 Cementerio Los Artículos I	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-33 Cementerio Los Artículos II	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-34 Mesa Navajas	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-35 La Meseta	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-36 Abrigo Llano Grande I	Sierra Alta	Abrigo rocoso	Taller de obsidiana, ritual
CDM-37 Abrigo Llano Grande II	Sierra Alta	Abrigo rocoso	Taller de obsidiana
CDM-38 Hacienda Llano Grande	Sierra Alta	Con estructuras	Aldea
CDM-39 Las Casitas	Sierra Alta	Con estructuras	Caserío
CDM-40 La Loma Erosionada	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-41 Las Torres	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-42 Yacimiento Llano Grande I	Sierra Alta	Yacimiento	Yacimiento de obsidiana
CDM-43 Yacimiento Llano Grande II	Sierra Alta	Yacimiento	Yacimiento de obsidiana
CDM-44 Yacimiento Llano Grande III	Sierra Alta	Yacimiento	Yacimiento de obsidiana
CDM-45 Llano Grande	Sierra Alta	Yacimiento	Yacimiento de obsidiana

● Tabla1 Sitios arqueológicos registrados Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán.

<i>Sitio Arqueológico</i>	<i>Ubicación</i>	<i>Tipo</i>	<i>Clasificación</i>
CDM-46 La Laguna I	Sierra Alta	Con estructuras	Caserío
CDM-47 La Laguna II	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-48 Los Coyotes	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-49 Km. 89-90	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-50 Km. 91+500	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-51 Km. 95-96	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-52 El Manantial Entubado	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-53 Km. 108+740 (Abrigo)	Sierra Alta	Abrigo rocoso	Ritual (pintura rupestre)
CDM-54 Los Hongos	Sierra Alta	Lítica	Caserío
CDM-55 La Pirámide	Sierra Alta	Con estructuras	Aldea
CDM-56 Km. 115+500	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-57 Km. 120+600	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-58 Km. 124+800	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-59 Km. 130+100	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-60 Km. 131+060	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-61 Cueva La Pirámide	Sierra Alta	Abrigo rocoso	Zona ritual
CDM-62 Abrigo Rancho Viejo	Sierra Alta	Abrigo rocoso	Zona ritual
CDM-63 Las Cuevas de Doña Vicenta y Don Pepe	Sierra Alta	Abrigo rocoso	Campamento estacional
CDM-64 Coscomate	Sierra Alta	Con estructuras	Caserío
CDM-65 Las Cebollas	Sierra Alta	Con estructuras	Caserío
CDM-66 Las Encimadas	Sierra Alta	Lítica	Campamento estacional
CDM-67 Santa Lucía I	Las Quebradas	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-68 La Tumba Extraviada	Las Quebradas	Con estructuras	Caserío
CDM-69 Santa Lucía II	Las Quebradas	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-70 Ojo de Agua	Sierra Baja	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-71 Chupaderos I	Sierra Baja	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-72 Chupaderos II	Sierra Baja	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-73 Mesa Chupaderos	Sierra Baja	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-74 Hacienda Arrona	Sierra Baja	Con estructuras	Hacienda minera colonial
CDM-75 Piedra Blanca	Sierra Baja	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-76 Magistral	Sierra Baja	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-77 La Guásima I	Sierra Baja	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-78 La Guásima II	Sierra Baja	Cerámica y lítica	Caserío
CDM-79 El Ermitaño	Llanura Costera	Cerámica	Campo de cultivo
CDM-80 La Loma del Mango	Llanura Costera	Cerámica	Casa moderna
CDM-81 Mano de Metate	Llanura Costera	Cerámica y lítica	Casa aislada
CDM-82 La Loma	Llanura Costera	Cerámica	Casa aislada
CDM-83 La Casa Vieja	Llanura Costera	Cerámica	Casa moderna
CDM-84 La Peña Tajada	Llanura Costera	Cerámica	Casa moderna
CDM-85 Los Bules	Llanura Costera	Cerámica y lítica	Caserío

ne humana y tan fiera que por gala trae cola y espejo en la trasera, aunque es gente belicosa y valiente” —según la colorida descripción de Baltasar de Obregón (1988: 103)—; la verdad es que las investigaciones arqueológicas realizadas los muestran como un grupo humano sencillo, dedicado principalmente a la agricultura de temporal, a la recolección de plantas y miel y a la caza de animales (Deeds, 2000; Grave, 2008a), pero sin desatender esa parte fundamental de toda sociedad: las prácticas rituales a fin de asegurar la pervivencia del orden del mundo. En otros textos hemos abordado el juego de pelota y los grabados en piedra (Grave, 2008a, 2008c); aquí hemos presentado algunos indicios de la realización del complejo mitote ya en la época prehispánica. En suma, prácticas rituales relacionadas con la fertilidad de la tierra, pues de que la tierra diera sus frutos, ya sean silvestres o inducidos por la agricultura, dependía en gran medida la subsistencia de los grupos serranos en la época prehispánica.

En la llanura costera las evidencias fueron magras, pero se integran perfectamente dentro del patrón de asentamiento reconocido en trabajos anteriores (Grave, 2003a, 2003b).

Sin embargo, la pregunta guía para este trabajo —¿cómo y por dónde se establecieron las relaciones entre estas dos regiones, el altiplano duranguense y la costa del sur de Sinaloa, separados por la aparentemente inexpugnable mole de la Sierra Madre Occidental?— sigue sin respuesta. Sólo podemos alegar que éstas indudablemente existieron (Grave, 2003a, 2008b; Punzo *et al.*, 2008) y que dicha zona es una de las más fáciles de franquear de la serranía, como prueba el que se hayan construido ahí las más importantes vías de comunicación entre ambos estados, desde el siglo XIX hasta el presente. Además, según Antonio Reyes y Bridget Zavala (comunicación personal, septiembre de 2008), los tepehuanes y coras todavía realizan sus peregrinaciones hasta Chametla y Escuinapa —ambas localidades en la costa sur de Sinaloa— a pie, a través de los puertos de montaña, pues para ellos la costa sigue siendo el lugar de los muertos. Así entonces, la comunicación entre

el altiplano y la costa, entre la sierra y el mar era, y sigue siendo, cosa corriente.

Bibliografía

- Altable, Francisco
2000. *Las alcaldías sureñas de Sinaloa en la segunda mitad del siglo XVIII. Población e integración social*, México, UABCS/UAS/Secretaría de Educación Pública.
- Berrojalbiz Cenigaonandia, Fernando
2001. “Avances en la cronología del noroeste de México” (mecanoscrito), ponencia presentada en el Coloquio Bosch Gimpera, México, IIA-UNAM, junio.
- Buelna, Eustaquio
1887. *Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa*, México, Tipografía Literaria de Filomeno Mata.
- Carpenter, John P., M. Guadalupe Sánchez y María Elisa Villalpando
2003. “Sonora precerámica: del Arcaico y del surgimiento de aldeas agrícolas”, en *Arqueología*, segunda época, núm. 29, enero-abril, pp. 5-29.
- Deeds, Susan M.
2000. “Cómo historiar con poca historia y menos arqueología: clasificación de los acaxees, xiximes, tepehuanes, tarahumaras y conchos”, en Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.) *Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, IIA/IIIE/IIH-UNAM, pp. 381-391.
- Foster, Michael S.
1985. “The Loma San Gabriel Occupation of Zacatecas and Durango, México”, en Michael S. Foster y Phil C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Boulder/Londres, Westview Press, pp. 327-351.
- 1989. “El Formativo en el noroeste de México: perspectiva”, en Martha Carmona Macías (coord.), *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología-INAH, pp. 425-442.

2000. "The archaeology of Durango", en Michael S. Foster y Shirley Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamérica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*, Salt Lake City, The University of Utah Press, pp. 197-219.

- Ganot Rodríguez, Jaime y Alejandro Alberto Peschard Fernández

1997. *Aztlán: apuntes para la historia y arqueología de Durango*, Durango, Gobierno del Estado de Durango/ Secretaría de Educación, Cultura y Deporte.

- Grave Tirado, Luis Alfonso

2000a. "Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera San Blas-Mazatlán. Tramo Sinaloa. Subtramos Mazatlán-Rosario y Escuinapa-Límites entre Sinaloa y Nayarit. Informe final" (mecanoescrito), México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

2000b. "Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán. Estados de Durango y Sinaloa. Propuesta de Investigación" (mecanoescrito), México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

2003a. "La región fundada en la tradición. El norte de Nayarit y el sur de Sinaloa, una región a lo largo del tiempo", tesis de maestría, México, FFyL-UNAM.

2003b. "Patrón de asentamiento prehispánico en la región Totorame (el norte de Nayarit y el sur de Sinaloa)", en *Arqueología*, segunda época, núm. 30, mayo-agosto, pp. 5-26.

2005a. "Informe de la sección Sinaloa de la Carretera Durango-Mazatlán. Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán" (mecanoescrito), México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

2005b. "Informe del tramo kilómetro 50-106 de la Carretera Durango-Mazatlán. Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán" (mecanoescrito), México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

2006a. "La ocupación temprana del norte de Nayarit y sur de Sinaloa", en "Memoria del Segundo Seminario Taller sobre Problemáticas Regionales: el Eje Lerma-Santiago durante el Formativo terminal y Clásico temprano. Precisiones cronológicas y dinámicas culturales", (en prensa).

2006b. "Mazatlán en la época prehispánica", en Lorena Schobert L. y Ernesto Hernández N. (eds.), *Raíces de Mazatlán. Fundación, política, música y viajeros*, Culiacán, Instituto Municipal de Cultura, Turismo y Arte de Mazatlán/Facultad de Ciencias Sociales-UAS/Asociación de Gestores del Patrimonio Histórico y Cultural de Mazatlán, pp. 31-50.

2007. *Una historia prehispánica de Escuinapa*, Tepic, El Nayarit,

2008a. "Aproximaciones arqueológicas al centro y sur de la sierra sinaloense", en *Arqueología*, núm. 37, enero-abril, pp. 7-22.

2008b. "Patrón de asentamiento en el sur de Sinaloa durante la etapa Aztlán", ponencia para el Primer Seminario Taller de Arqueología Aztlán, Guadalajara, Museo Regional de Guadalajara, 11 y 12 de septiembre.

2008c. "Los petrograbados en la sierra del sur de Sinaloa", ponencia presentada en el Cuarto Seminario de Petrograbados del Norte de México, Mazatlán, Museo Arqueológico de Mazatlán, 11 y 12 de diciembre.

2008d. "Informe final del tramo comprendido entre los kilómetros 106 y 154 del Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán, estado de Durango" (mecanoescrito), México, Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH.

2009. "Ahora sabemos un poco de lo que no sabíamos nada. Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán", en *Diario de Campo*, núm. 102, pp. 28-39.

- Grave Tirado, Luis Alfonso y Janis V. G. Rojas Gaytán

2004. "Informe del tramo Km. 0-50 de la carretera Durango-Mazatlán. Estado de Durango. Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-

Mazatlán” (mecanoescrito), México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

- Grave Tirado, Luis Alfonso, D. Tenorio, R. Esparza y T. Calligaro
2003. “El sur de Sinaloa y sus relaciones con otras regiones a través del estudio con PIXE de la obsidiana”, en *Memoria Electrónica del III Coloquio de la Maestría en Arqueología*, México, ENAH-INAH.

- Gutiérrez Moreno, Ismael
1986. “Geología del estado de Sinaloa”, tesis de licenciatura, México, UNAM.

- Hers, Marie-Areti
1996. “Durango y Sinaloa: estado actual de la cronología de la ocupación mesoamericana”, ponencia para *el Seminario: Cronología historiográfica del Occidente*, Comala, Centro de Estudios Antropológicos del Occidente.

2005. “Imágenes norteñas de los guerreros tolteca-chichimecas”, en Linda Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*, México, IIA-UNAM, pp. 11-44.

2006. “La sierra tepehuana. Imágenes y discordancias sobre su pasado prehispánico”, en Chantal Cramaussel y Sara Ortelli (coords.), *La sierra tepehuana. Asentamientos y movimientos de población*, México, El Colegio de Michoacán/IIH-UJRD, pp. 17-43.

- Kelley, John Charles
1985. “The Chronology of the Chalchihuites Culture”, en Michael S. Foster y Phi C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Boulder/Londres, Westview Press, pp. 269-287.

1990. “The Early Post-classic in Northern Zacatecas and Durango IX to XII Centuries”, en Federica Sodi Miranda (coord.) *Mesoamérica y norte de México. Siglos IX-XII*, México, Museo Nacional de Antropología-INAH, t. 2, pp. 487-519.

2002. “Mesoamerican Colonization of Zacatecas-Durango: The Loma San Gabriel and Chalchihuites Cultures”, en María Teresa Cabrero, Jaime Litvak King y Peter Jiménez

(coords.), *Homenaje al Dr. John Charles Kelley*, México, IIA-UNAM, pp. 83-98.

- Kelly, Isabel T.
2008. *Excavaciones en Chametla, Sinaloa* (presentación de Sergio Ortega Noriega, estudios introductorios de Catherine S. Fowler, Robert V. Kemper y Luis Alfonso Grave Tirado, traducción de Victoria Shussheim), México, El Colegio de Sinaloa/INAH/Siglo XXI.

- Lorenzo, José Luis
1991. “Una punta de proyectil acanalada localizada en Durango, México”, en José Luis Lorenzo, L. Mirambell S. y J. A. Pérez G. (comps.), *Prehistoria y Arqueología*, México, INAH (Antologías. Serie Arqueología), pp. 11-15.

- Obregón, Baltasar de
1988. *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España escrita por el conquistador en el año de 1584* (prólogo de Mariano Cuevas), México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 92).

- Preuss, Konrad Theodor
1998a. “Una visita a los mexicaneros de la sierra Madre Occidental”, en Jesús Jáuregui y Johannes Neurath (comps), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicaneros de Konrad Theodor Preuss*, México, INI/CEMCA, pp. 201-212.

1998b. “Un viaje a la Sierra Madre Occidental de México”, en Jesús Jáuregui y Johannes Neurath (comps), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicaneros de Konrad Theodor Preuss*, México, INI/CEMCA, pp. 213-233.

- Punzo Díaz, José Luis
2006. “¿Quiénes vivían en la sierra antes de la llegada de los tepehuanes? Breviario de arqueología xixime”, en Chantal Cramaussel y Sara Ortelli (coords.), *La Sierra Tepehuana. Asentamientos y movimientos de población*, Zamora, El Colegio de Michoacán/IIH-UJED, pp. 57-66.

- Punzo, José Luis, Julio Vicente y Ana Iris Murguía
2008. “Presencia Aztatlán en sitios chalchihuites del valle de Guadiana, Durango”, ponencia presentada en el Primer Seminario Taller de Arqueología Aztatlán, Guadalajara, Museo Regional de Guadalajara, 11 y 12 de septiembre.

- Punzo, José Luis y Bridget Zavala
2007. "Investigaciones arqueológicas recientes en el valle de Guadiana, Durango", en Cristina García M. y Elisa Villalpando C. (eds.), *Memoria del Seminario de Arqueología del Norte de México*, México, Coordinación Nacional de Arqueología-Centro INAH Sonora, pp. 181-189.

- Reyes Valdez, Antonio
2006. *Los que están benditos. El mitote comunal de los tepehuantes de Santa María de Ocotán*, México, INAH (Etnografía de los Pueblos Indígenas de México. Estudios Monográficos).

- Reynoso Rábago, Rigoberto
1959. "Reconocimiento geológico de una porción del sur del estado de Sinaloa"; tesis de licenciatura, México, UNAM.

- Rouaix, Pastor
1929. *Geografía del estado de Durango*, México, Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos-Secretaría de Agricultura y Fomento.

- Sauer, Carl y Donald Brand
1998 [1932]. "Aztatlán: frontera prehispánica mesoamericana en la costa del Pacífico", en Carl Sauer, *Aztatlán*, recopilación, traducción y prólogo de Ignacio Guzmán Betancourt, México, Siglo XXI, pp. 1-94.

- Spence, Michael W.
1978. "A Cultural Sequence from the Sierra Madre of Durango, Mexico", en Carroll L. Riley y Basil C. Hendrick, *Across the Chichimec Sea, Papers in Honor of J. Charles Kelley*, Carbondale/ Edwardsville, Southern Illinois University Press, pp. 165-189.

